

CAPITULO XVI.

Proyecto infernal.

Las ocho de la noche acababan de dar en el reloj de la alta torre de la Catedral de México.

Las últimas vibraciones de las campanas que daban la plegaria de ánimas, espiraban en la lúgubre habitacion de una calle situada junto al hospital de Jesus Nazareno.

Sobre una mesa, cubierta con un tapete oscuro, se veia el esqueleto completo de un cuerpo humano, dos calaveras de diferente tamaño, algunas canillas amarillentas, varias obras de medicina, una cajita abierta con instrumentos de cirugía, varios pomos con píldoras y polvos, un tintero de latón

y un candelero con una gruesa vela que despedia una opaca luz sobre aquellos tristes despojos de la muerte, que estaban revelando la miseria de la humanidad y lo fugaz de la existencia.

En las paredes de aquella lúgubre estancia, en que reinaba un profundo silencio, en vez de vistosos y agradables cuadros, se veian figuras iluminadas para el estudio de anatomía, varios dibujos mostrando los complicados tegidos del cuerpo, y un curioso aparato en que se observaba la circulación continua de la sangre en el cuerpo humano.

Cualquiera, al penetrar en la estancia que nos ocupa, conocia que aquel sitio era el gabinete de un médico.

En medio de tantos objetos que recordaban al mortal el término de su vano orgullo y necia vanidad, se encontraba meditando un hombre, sentado junto á la mesa, puesto el codo sobre ella, y apoyada la cabeza en la palma de la mano.

Una larga bata de grandes flores amarillas dejaba apenas ver un pantalon de casi-

mir café de cuadros negros, y unas chinelas bordadas que calzaban un pié ancho y mal formado.

Una gorra griega con abultada borla encarnada cubria su cabeza, y una corbata alta negra envolvía su corto y grueso cuello.

En la mirada de este hombre y en su fisonomía estaban pintadas la impaciencia y la inquietud.

En su torvo ceño y encapotada frente se reflejaban un carácter impetuoso y la fiera de una alma dominadora.

Después de haber permanecido largo rato quieto y meditabundo, dejó su actitud pensativa, hizo un movimiento de impaciencia, dió un golpe con la mano sobre la mesa, y se puso en pié pronunciando estas palabras:

—¡Oh!.... me desespera el esperar!

Y se puso á pasear por la estancia á largos pasos.

De repente creyó escuchar ruido, y se detuvo mirando hácia la puerta.

A poco se abrió ésta dando entrada á uno

de los extranjeros, que vimos con Willey en el Puente de la Leña.

—Creí que ya no venia vd. hoy.

Dijo el que habia estado esperando, es trechando la mano del que entraba.

—Recibí el recado de vd. en que me suplicaba viniese, pero me ha sido imposible venir antes, doctor.

—¿Ha estado vd. ocupado?

—Y mucho; como que he tenido que comprar las provisiones de boca para llevarnoslas al desierto en que vivimos y trabajamos.

—¿Y cuando es la marcha?

—Dentro de pocos dias. Sabe vd. que me detuve por la herida del señor Willey que tan cerca se ha visto de la muerte; pero hoy que parece que está fuera de peligro, debo acudir donde me llaman los intereses de nuestra secreta sociedad.

—Aun no le veo yo tan fuera de peligro.

—¿Es posible?

—La herida fué muy profunda y en sitio muy noble, y cualquier cosa puede ser de funestas consecuencias.

—¡Malditos amores!

—Mil veces le he dicho que pueden sernos fatales.

—¿Usted?

—Yo.

—Pero ¿qué aprecio puede hacer de lo que vd. le diga respecto de amores, cuando ve que vd. los tiene con cuantas mujeres hermosas ve?

—Es que mi sistema es muy diferente del suyo: él se somete, en parte, á la voluntad de la persona que ama: yo hago que las personas que amo se sometan á mí: él emplea las razones; yo la fuerza: él la súplica, la calma, y el respeto; yo la amenaza, el rapto y el terror. El tiempo es un tesoro muy precioso, y el hombre no debe desperdiciarlo: si la mujer nos ama, debemos hacerla nuestra antes que se arrepienta; si nos aborrece, vencerla antes de darla tiempo á la defensa.

—Singular sistema.

—Sistema que dá los mejores resultados.

—Pero que á vd. le ha fallado, sin embargo, alguna vez.

—Una sola; y eso porque, como ya le he contado á vd., caí malo, y la jóven cuyo rapto se verificó como habia dispuesto, huyó de la prisión, merced á una casualidad.

—¿Y no la ha vuelto vd. á ver?

—Jamás.

—¿Y tenia amante?

—Lo ignoro, porque yo no entraba en la casa: la veia en el balcon al pasar por su calle, siempre desdeñosa conmigo, y aprovechando un instante en que la ví salir á hacer una visita, dispuse el plan para apoderarme de ella, valiéndome, para conseguirlo, de un ardid, que me salió á medida de mi deseo.

—¿Y dice vd. que es la única que se ha salvado de sus asechanzas?

—La única. Todas las demas mujeres que han interesado mi corazon, han sido mias por la astucia, por el engaño, ó por la fuerza. Dos me quedan aún por vencer, Elisa y Luz: la primera hubiera tenido ya que ceder, si la fatalidad no hiciera que siempre la encuentre acompañada; pero ya cambia-

ré de hora, y el triunfo será mio, pues la tengo sujeta por un papelito que obra en mi poder: la segunda está sentenciada ya á ser mia, y pocas horas transcurrirán sin que la sentencia quede cumplida.

—Veo que no ceja vd. en sus propósitos.

—Nunca. Otros buscan oro y empleos sin pararse en los medios para conseguirlo; yo desprecio el oro y los empleos, y solo busco la manera de satisfacer la pasión que me inspiran las hermosas.

—Pues confieso que la empresa de vd. es la mas peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque si una sola mujer bastó para que el hombre perdiese el Paraiso y toda la raza de Adan padezca, ¿qué debe vd. esperar que le sobrevenga de tantas como vd. quiere?

—Espero que, puesto que perdimos ya por ella el Paraiso, enjague mi llanto en este mundo, que la mujer convirtió en valle de lágrimas.

—Mejor lo enjuga una botella de buen vino de Oporto.

—Yo estoy por las mujeres.

—Pues yo estoy por las botellas; es decir, por el vino que contienen las botellas; y por eso llevo á nuestra oculta fábrica algunas docenas de cajas de excelente jugo de uva, que me hagan soñar que estoy en el Paraiso perdido.

—Pero espero que no querrá vd. irse antes de que alcancemos el plan proyectado para que Luz sea mía.

—Se lo prometí á vd., doctor, en un momento de buen humor, y estoy dispuesto á cumplir mi palabra; pero me parece que será en otra visita que haga á México, porque por ahora creo que el día del golpe de mano está bastante lejos.

—Todo lo contrario: ha llegado ya, y por eso precisamente me he tomado la libertad de llamar á vd.

—¿Cómo!

—Lo va vd. á saber; pero ¿está vd. dispuesto á prestarme su ayuda?

—Le he dicho á vd. ya que yo acostumbro cumplir lo que ofrezco.

—¡Bravo!

—Ademas, vd. sabe que yo encuentro un especial placer en esas travesuras que proporcionan á los novios la rabia y la desesperacion.

—Perfectamente.

—¿Y qué ha sabido vd. de Luz?

—Que se fué á Culucan con su familia á ver celebrar las fiestas de Semana Santa.

—¿Y Rafael?

—Está con ella.

—¿Y qué ha pensado vd. hacer?

—He pensado que salgamos mañana muy temprano á caballo para Culucan, que es un pueblito de indios, situado un poco mas adelante de Mexicalzingo, que observemos, sin ser vistos, en qué casa se han hospedado, y que indagemos el dia y la hora en que han de volver.

—¿Y despues?

—Despues obraremos segun lo exijan las circunstancias del momento.

—Pero ¿ha formado vd. su plan?

—Y uno infalible, aun cuando nos veamos precisados á modificarlo.

—Es que los planes cuando están expues-

tos á modificaciones, no suelen dar el resultado completo.

—El mio lo dará.

—Es decir que Luz:—

—Será mia mañana mismo.

—¿Y no sabré....

—Mañana lo sabrá vd. todo en Culucan. Por ahora solo quiero saber si está vd. dispuesto á ir conmigo mañana.

—Lo estoy.

—¿Y sus compañeros?

—Lo mismo; respondo de ello.

—Bueno.

—¿A qué hora hemos de salir?

—A las ocho de la mañana, porque á caballo se tiene que rodear bastante.

—Pues á las ocho estaremos listos.

—Muy bien.

—¿Y dónde será nuestro punto de reunion?

—En la calzada del Niño Perdido.

—Corriente; allí estaremos á las ocho esperando á vd.

—No me haré esperar.

—¿Y si la salud del señor Duval reclama su permanencia á su lado?

—No; porque aunque no está, como antes dije, fuera de peligro, tampoco se halla en un estado que necesite una continua asistencia del médico.

—Comprendo. ¿Y no tiene vd. que comunicarme otra cosa?

—Por ahora, nada me ocurre.

—Pues hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, mi buen amigo.

Y despues de apretarse la mano, salió el que habia entrado, quedándose Willey saboreando la esperanza de apoderarse al siguiente dia de la mujer que estaba destinada á ser la esposa de Rafael.

CAPITULO XVII.

Entre las flores el áspid.

Ha trascurrido un dia desde que vimos á Ernesto penetrar en la pieza en que se hallaba el padre Enrique.

En el pueblo de Culucacá se advierte el mismo movimiento y no menor gentío.

A las ceremonias del Juéves, siguen las del Viérnes Santo, en que los indios presentan en sus costumbres al observador cosas muy curiosas y originales, dignas de ser conocidas. Costumbres que, como otras veces hemos dicho en esta obra, son enteramente distintas de las de todos los demas habitantes del país, de quienes los indios se encuentran separados, y como formando